

dia. Del recuerdo del antiguo despotismo, que las razas invasoras habian derrocado, quedaba una repugnancia tradicional é instintiva á que un poder político parecido representara las nacionalidades modernas, y á que los intereses creados por la actividad industrial, y por la asociacion espontánea, se sujetaran á la fuerza ó á la direccion de un poder homogéneo. Por su parte las existencias independientes fundaban su libertad sobre millones de individuos esclavizados parcialmente á esta múltiple tiranía; y las asociaciones parciales, incompletas y aisladas, si reportaban á sus miembros seguridad y beneficio, llegaron á ser en breve, para los extraños, tanto más hostiles, por lo que tenian de exclusion y de privilegio. Hubo en la nueva sociedad, como en la antigua república, patricios y proletarios; hubo clases desvalidas tan numerosas como miserables, que no reportaban ventajas de asociaciones, donde no tenian cabida, ni abrigaban esperanza de llegar jamás al rango de hombres libres é independientes.

Estas clases fueron las que ayudaron á los poderes de la Edad media á hacerse absolutos; como en la república romana habian convertido á sus tribunos en Emperadores. Las clases más numerosas prevalecieron en los tiempos de Luis XI y de Carlos V, como habian vencido en los dias de César y Octavio, y casi á un mismo tiempo se vió la Europa cubierta de monarquías poderosas, que allanaron todas las eminencias individuales, y absorbieron en su omnipotencia la regularizacion de los intereses asociados.

Esta absorcion no pudo llevarse á cabo sin resistencia; la resistencia produjo la reaccion, y los nuevos Imperios, en la dilatacion de su fuerza, y en la confianza de sus

medios, aspiraron á ser tan omnímodos, como lo habian sido los antiguos.

Entónces empieza un período nuevo, y en el aspecto de esta lucha cambian de posicion las falanges combatientes. La pretension del poder político europeo, en la imitacion absurda del antiguo Imperio latino, ó de la aristocracia constantinopolitana, desconocía el carácter de una sociedad en que se habian inoculado principios nuevos, y no sabía que en la vida de las sociedades nunca los sucesos más análogos se reproducen con caracteres idénticos. El poder, una vez entronizado por las clases desvalidas, en contra de las eminentes, no sabiendo ó no pudiendo satisfacer las esperanzas de la muchedumbre, hizo causa comun con los que de primero le habian hecho mayor resistencia. El Monarca se hizo el caudillo de los privilegiados; y la sociedad nó encontró la compensacion de esta alianza en la administracion de sus intereses. Más complicados y más desenvueltos que en la sociedad antigua los que el nuevo Imperio pretendió primero dirigir, y en breve confiscar, el súbdito á quien la accion del gobierno tocaba por más puntos del círculo de su existencia, recordó fácilmente, que á lo ménos en las antiguas organizaciones, tenian participacion en el gobierno todos los interesados.

Cuando la hora de la nueva reaccion sonó, el poder político encontróse frente á frente con dos enemigos: el uno, pidiendo una igualdad social, que la monarquía, continuadora de los privilegios, no le había dado; el otro, reclamando una forma política, en la que ni el gobierno ejerciera su accion sobre todos los intereses, ni dejara de tener participacion en la accion gubernativa la representacion de los interesados.

Estas dos tendencias, estas dos necesidades podian producir dos revoluciones: la una, proponiendo la reforma de la ley política; la otra, atacando la constitucion del estado social. Sin embargo, estas dos pretensiones se confundieron; la reaccion se dirigió toda contra el poder. En la creencia de que del poder dimanaban todas las miserias de la sociedad, contra las miserias sociales no se proclamó más remedio que la limitacion del gobierno. La limitacion..... ¿por quién?—Por el individuo. Reforma social y reforma política se confundieron en un sólo principio, la santificacion de la libertad individual, la emancipacion de la actividad espontánea, así en el círculo del interés privado, como en la vasta esfera de la existencia pública.

De este principio nació, para la política el gobierno representativo; para la ciencia social, la teoría y exclusivo estudio de los intereses materiales, llamada *economía política*; para la moral, la santificacion del interés y de la utilidad; para la legislacion, la division indefinida de la propiedad, y el absolutismo del propietario; para la religion, el indiferentismo privado, y el olvido público; para la industria y el comercio, la concurrencia.

No calificamos estas consecuencias, no; ni pudiéramos hacerlo cuando son tan contradictorias entre sí. Las consignamos solamente, para hacer notar hasta dónde puede extenderse la dilatacion de un principio. Las enumeramos sólo para afirmar que jamás el individualismo había llegado á tomar posesion tan completa de la existencia política y social del hombre, de la vida material y moral del mundo, como en esta reaccion extraordinaria.

## IV.

No estoy en el caso, Señores, de hacer ahora la critica de las idéas, de los progresos, de las revoluciones. Estoy haciendo la historia de un principio.

De la reforma política sólo me cumple dejar aquí consignado que,—despues de ella, y á pesar de ella,—la asociacion política constitucional dejaba en la misma situacion á aquellas clases, cuya emancipacion se había anunciado con frases tan pomposas, y con esperanzas tan halagüeñas. Esta emancipacion fué en verdad la emancipacion del poder, la del vasallaje, la del trabajo forzado, la de la servidumbre territorial ó personal; pero pocos años y poca experiencia habían de bastar para que se viera que esta emancipacion política no era la emancipacion de las tinieblas de la ignorancia, ni la emancipacion contra los tormentos de la miseria.

Apénas había desaparecido del lenguaje legal, la palabra *esclavitud*, cuando la terminología filosófica se enriqueció con la palabra *pauperismo*. Apénas los códigos políticos habían sancionado que todos los ciudadanos tenían derechos, voto ó intervencion en el gobierno del Estado, cuando un sombrío y severo razonador se presentó á probar con espantosos guarismos, que las tres cuartas partes de la poblacion no tenían derecho de sentarse á la mesa, ni de aspirar á las delicias de la paternidad y de la familia.

Y no era un socialista, Señores, el hombre que respondía á las apelaciones del liberalismo con un eco tan desconsolador y desesperado. No era un revolucionario; no era un concitador de las masas; no era tampoco un

feroz y atrabiliario misántropo. Era un honradísimo ciudadano; era un modelo de piedad filial y de virtudes domésticas; un ministro de su culto; un súbdito sumiso de la ley y del gobierno de su Patria: era Malthus, en una palabra. Pero no hay que dudarle, Señores. Cuando sus labios se abrieron para fulminar tan espantosa sentencia contra la mitad del género humano, lo que anatematizaron sus labios, fué la doctrina liberal, fueron los principios del individualismo económico. Malthus, Señores, sin intentarlo, sin saberlo, sin sospecharlo siquiera, abre la lista de los *socialistas antisociales*, aunque haya venido despues de otros. Sin la impresion profunda, que hicieron en el mundo filosófico las desapiadadas consecuencias de Malthus, San Simon y Fourier no hubieran tenido escuela; ni hubieran venido en pós de ellos la estirpe socialista de nuestros dias, que ha ido á buscar su remota genealogía á través de Babeuf hasta Giordano Bruno y Campanella.

Yo que no sigo en los individuos, sinó en la sociedad, las vicisitudes históricas de este principio, debo hacer alto aquí, y ántes de llegar á la última reaccion de los espíritus; para hacer observar hasta dónde se extendió en todo lo que va de nuestro siglo la influencia del principio individualista, así en la vida privada, como en la gobernacion pública; así en las instituciones políticas, como en las relaciones sociales.

Contra la miseria material, contra el crecimiento é intensidad del pauperismo, en favor de los adelantos positivos de la sociedad, en favor de la prosperidad pública y del desarrollo de la riqueza, la filosofía de nuestro siglo proclamó un sólo principio; la independenciam absoluta de la actividad humana, el libre desarrollo del interés

privado; la concurrencia industrial ilimitada; la libertad comercial sin trabas ni restricciones. Malthus proclamó la insuficiencia de estos principios, y la crítica acerba y exagerada de la situacion social empezó con sus tristes deducciones.

No estoy en el caso yo, ni entra en mí el propósito, Señores, de trazar el cuadro de esta situacion con tan negros y recargados colores. Harto se han exagerado en estos últimos dias los resultados materiales del individualismo económico. Si yo los examinara desde el mismo punto de vista, no conocidas todavía mis propias doctrinas, pudiera darse á mis observaciones y á mis tendencias, una interpretacion equivocada. Dejemos, pues, á los actuales críticos olvidar ahora, y casi echar de ménos la condicion del antiguo proletariado y de la antigua esclavitud.

Consignarémos solamente á este propósito dos observaciones. Primera: que cuando se hace la crítica de la sociedad en su presente organizacion material, se hace siempre comparándola, no con la condicion de la humanidad en los anteriores periodos de su historia, sinó con un ideal de prosperidad y bienandanza, de que no se ha dado todavía ejemplo en el mundo, ni aun en una localidad reducida. La otra es que el instinto, el hábito, la necesidad de los Gobiernos mismos, producto de esta situacion, ha sido hasta nuestros dias una resistencia más ó ménos dura, pero constante, á la preponderancia absoluta del individualismo económico. La libertad de comercio no ha destruido aún las aduanas: la agricultura no se ha emancipado de las leyes sobre el tráfico y precio de granos: la industria ha obtenido en todas partes reglamentos, que estatuyen sobre las condiciones y las horas

del trabajo, y privilegios que garantizan la propiedad de los inventos: la navegacion tiene una legislacion especial y complicada sobre derechos y distinciones de bandera.

Los economistas claman que estas disposiciones son restos de barbárie, vestigios, raíces duras, y no arrancadas, de inveterados abusos. Los Gobiernos responden que la barbárie sería sacrificar al interés interpretado por el individuo, el interés de las poblaciones y de las masas, como el poder social debe representarle. En esta lucha, Señores, en que aún se puede decir *a i posteri l' ardua sentenza*, nosotros sólo debemos observar que los Gobiernos más liberales son todavía socialistas.

Pero donde se ofrece á nuestros ojos el espíritu individual con caracteres más tristes, es cuando le contemplamos en sus resultados morales.

Preguntad á las naciones más civilizadas, si la creencia religiosa tiene alguna aplicacion práctica en sus leyes y en sus costumbres públicas. Preguntad á los hombres más generosos y bien nacidos, si les fortifica en sus reve- ses, ó les alienta en sus esperanzas el sentimiento y la gratitud de la Patria. Preguntad á los filósofos más sinceros si confían en la eficacia de sus doctrinas. Demandad á los sábios más profundos, si no creen que mañana podrán estar derribados por tierra los sistemas científicos mejor asentados. Penetrad en el seno de la familia, y vereis si esa asociacion, tal como la reconoce ó consiente el código civil de naciones muy cultas, es la familia cristiana, ó la familia natural siquiera. Recorred las capitales populosas de Europa: mirad si hay hogar doméstico todavía: mirad si los hijos se sientan una vez al mes á la mesa del padre. Recorred los establecimientos de beneficencia, y decid si la filantropía administrativa os parece

digna de una civilizacion moral y grandiosa. Decid si hay en todo eso algun rayo de creencia, que alumbré el espíritu; algun punto de respiro para la esperanza; algun reposo para la conciencia; algun estímulo contra el desaliento; algun consuelo para el corazon desfallecido!....

Donde quiera, la más absoluta indiferencia; donde quiera, el cálculo más égoista; donde quiera, la más desconsoladora anarquía: escepticismo estéril en el alma, contradiccion múltiple en el entendimiento, misantrópico aislamiento en el interés. El hombre aherrojado en el eterno análisis de su existencia intelectual; Narciso muriendo de amor en la contemplacion de su propia belleza, esa es la filosofía más elevada: la libertad individual, que para la mayoría de las masas, es el ocio y la miseria, ésta es la bandera política más generosa; el inmediato y positivo interés, que para los ociosos y miserables es el crimen, ésta la moral santificada!....

Hasta en el dominio del arte, Señores; hasta en el campo de las letras se ha extinguido aquel calor vivificante con que las anima un fin colectivo y social, único que crea las obras portentosas é inmortales. Inspiradas hoy por un interés individualista, perecen con el día que las vé nacer, y no tienen otra importancia que el momentáneo placer, ó la necesidad material que satisfacen. La arquitectura no edifica más que casas; el pincel pinta retratos; el escultor hace bustos; el historiador escribe Memorias; el literato, novelás; la poesía lírica entona endechas de estériles y ridiculos dolores!....

¡Oh Señores! Esto no es insignificante, ni indiferente, no. Las bellas artes revelan el espíritu de la sociedad, como las flores el temple de la atmósfera en que brotan. El espíritu actual es el calor de una estufa; y el arte,

que bajo la inspiracion social, fué el idealismo, y en una época más materialista, era, á lo ménos, la imitacion de la naturaleza, ahora no es más que la copia, la sombra, la negra, descarnada silueta de la personalidad humana: á veces su espantosa caricatura, á veces..... lo ideal, lo horrible de lo solitario, de lo pequeño, de lo aislado, de lo cínico: ese trabajo de microscópio solar, que concentra la luz sobre un pequeñísimo insecto, para darle, ante la espantada vista, las proporciones de un desemejado monstruo!

## V.

Desconsolador es este espectáculo, Señores; demasiado anómala y violenta esta situacion, para que pueda ser duradera.

En el mundo físico la reaccion es igual á la accion; pero en los séres orgánicos, individuales ó colectivos, no habría crecimiento ni progreso, si la reaccion vital de una crisis no fuera superior á la fuerza que la produce. Los principios sociales, los principios necesarios para la conservacion del orden moral, no perecen jamás. Son como caudillos tenaces y perseverantes, que aunque vean en derrota su hueste, buscan una guarida de donde salir á campaña con mayor brío.

El principio de la asociacion moral, que no pudo desaparecer en el caos de los siglos bárbaros, no desaparecerá en una civilizacion más adelantada. Entónces creó las órdenes religiosas y las de caballería; ahora no dejará de haberse buscado un refugio donde quiera que le hayan dado un asilo. No hay ahora, es verdad, ese fervor

de la fé que hace milagros: cayó entré el polvo de las almenas feudales el blason de los caballeros. Pero ¿no hay ahora mismo, enmedio de nosotros, algunas asociaciones poderosas, agrupadas en derredor de un principio, de una idéa, de un sentimiento, de una esperanza, á veces de una ilusion? ¿No se levanta alguna vez del seno de esas asociaciones, en que la individualidad se inmola, una protesta contra el egoismo universal? Sí, Señores; fuerza es reconocerlo y confesarlo, por más que despues tengamos que anunciaros otro más triste descubrimiento. ¿Sabeis lo que son, sabeis cómo se llaman las únicas asociaciones, que quedan en nuestros dias con fuerza y poder colectivo?... Se llaman *partidos*, Señores.

No hay que asustarse de este nombre, por más que se le haya profanado ó prostituido. En esos partidos que dividen, y conmueven á todas las naciones; en esas banderías, que luchan con tanto encarnizamiento, y que á veces se destrozan con tanta barbárie, es donde se ha refugiado el principio social, para decir al mundo; que vive.

Sí, Señores; enmedio del egoismo que nos rodéa, sólo los partidos,—á lo ménos en cierto sentido,—no son egoistas. Sólo en ellos es donde se vé que el hombre abdique su interés, á veces su personalidad; sólo en ellos hay perseverancia, unidad de accion y de fuerza; sólo en ellos se sufre con resignacion la desgracia, y sin infamia el vituperio. Debajo de esas banderas, que á veces sólo llevan escrita una abstraccion fantástica, ó la modificacion de un principio; á veces un error lastimoso; es donde hay todavía héroes, donde hay mártires, donde se dibujan todavía aquellos rasgos de dignidad y grandeza, sello y distintivo de la noble raza humana. Del seno de esos partidos, Señores, nace mucho mal; pero no es mé-

nos cierto que en sus entrañas se atesora el principio del bien.

Los partidos, es verdad, tienen fuerza para destruir y demoler; pero decidme, Señores: ¿dónde está, fuera de ellos, la fuerza de conservar y la de construir? ¿Dónde estarían hoy el orden social que aun queda, y las libertades, y los poderes públicos, y los tronos mismos, y las más encumbradas legitimidades, si los partidos no las sostuvieran?... El ejemplo que cualquiera partido nos presenta, de cómo es posible conciliar la sumisión con la libertad, la espontaneidad del albedrío con una obligación de honra y conciencia, es un ejemplo consolador, Señores; porque encierra un germen fecundo de esperanza. Es un espectáculo muy halagüeño el que ofrecen millones de hombres ligados por un principio, y gobernados por una idea, toda vez que no deba ser esperanza quimérica, que lo que se llama partido, no pueda llamarse *Nación*.

El bien de la sociedad no se cifra en aniquilar á los partidos; y es una quimera creer que hayan de extinguirse. Lo que importa es regenerarlos. Lo que importa es darles por banderas principios fecundos, principios morales, principios capaces de organizar la sociedad en derredor de su doctrina y de su esperanza. Lo que importa, sobre todo, es demostrarles que esa organización puede formarla un principio, pero nunca un interés.

No, Señores. Dios no ha permitido nunca que se vieran ejemplos de las virtudes y de la organización que hemos citado, ni en una asociación de industria, ni en una sociedad de placer.... ¿Sabeis, sí, lo que ha permitido Dios á veces? Que entre un principio materialista legítimo, inocente, y entre un sentimiento falso ó extra-

viado, la materia no haya podido resistir la fuerza de las ideas, como no resisten miles de arrobas de piedra una corriente imponderable de electricidad.

Dios permitió que un día de espantoso cataclismo, el interés de millones de individuos, representado por acciones de Banco y por títulos del cuatro por ciento, quedase inmóvil, paralizado, impotente é inerte ante una turba fanática y entusiasta, que no tenía otro bien que un harapo colorado, en que se leían estas palabras, tal vez enigmáticas: *¡República! ¡Democracia!!....*

Señores: la lección fué elocuente: como de quien la daba.—¿Que no sea pérdida!...

Pero no, no temáis á esa bandera. También el soplo del individualismo pasó sobre ella; también el materialismo con su contacto le ha robado toda su electricidad. Era peligrosa, mientras resplandecían en ella esos nombres mágicos; fué irresistible el empuje de los partidos que la tremolaron, cuando esos nombres eran, al decir de sus contrarios, frases vacías ó supersticiosos conjuros. Pero ya no. En el oriflama de ese radicalismo, de ese socialismo, de esa democracia social ¿sabeis qué nombres se han escrito, qué ideas societarias se han proclamado?... *¡ORO, FORTUNA, GANANCIA, RIQUEZA, PLACER!*—¿Están perdidos!

Pero el tiempo ha pasado, y la índole y análisis de éste pretendido socialismo individual y materialista, pide algo más que una declamación: le consagraremos la sesión siguiente.